

El programador perdido



OPINIÓN

Enrique Dans

Cada día se habla más del problema que supone para la competitividad de un país tener un déficit de profesionales capaces de programar. La semana pasada, Bernardo Hernández, directivo español de Google, comentó en televisión que España necesitaba decididamente más programadores y menos abogados o economistas. En España, que un emprendedor encuentre al programador adecuado para convertir sus ideas en código ejecutable es una proeza.

Existe una enorme confusión sobre lo que es o no es un programador. En España, la programación se considera un primer nivel: programador, analista, jefe de proyecto, y gerente. Una actividad mal pagada. En la universidad, muchos profesores recomiendan a sus alumnos huir de la programación. En EEUU, en cambio, hay un auténtico culto al programador: muchos de los grandes emprendedores tecnológicos lo son por el hecho de saber programar.

En España, las personas capaces de convertirse en el alma de un proyecto y transformar sus ideas en código, prácticamente no existen. Pero no, no es porque se les pague poco: es que no se encuentran ni debajo de las piedras. El concepto y consideración social del

programador como tal es sencillamente erróneo.

Reino Unido va a empezar a introducir programación en la educación infantil. Del mismo modo que los niños aprenden Física; no porque esperemos que se conviertan en físicos, sino porque cuando vives en un mundo gobernado por las leyes de la Física, es importante conocerlas. Cada día más, vivimos rodeados de objetos programables. Y cada día más, está pasando a ser uno de los factores más importantes en la competitividad de un país. Mientras en otros países se ponen las pilas, en España, seguimos buscando al programador perdido.

Profesor de IE
Business School